



Anikó Villalba: (\*)

## En Guatemala - y con dengue...



Nuestra columnista habitual Anikó de Emódy se ha tomado unas brevísimas vacaciones, por lo que nos reencontramos con ella en nuestro próximo número. **La R.**

Esta vez me tocó a mí. "La Maldición de Tikal" como le digo yo. Estoy a muy pocos kilómetros de las ruinas mayas más imponentes y no voy a poder ir a visitarlas. Al menos no en este viaje. Lo que me consuela es saber con total seguridad que las ruinas no se van a mover de Guatemala - por un par de siglos más...

\*

Desde el primer día que puse un pie en Guatemala, el hambre se borró de mi organismo. Desapareció. De golpe, misteriosamente, sin ningún tipo de explicación. El alimento había dejado de formar parte de mi rutina. Será el calor, pensé. O será hasta que me aclimate. O estaré cansada.

Durante siete días me dediqué a recorrer el país. Tenía una ruta más o menos prevista y pude llegar a conocer varios de los pueblos que tenía marcados en el mapa. Si comía era solamente porque mi cabeza me decía que un ser humano necesita alimentarse para sobrevivir, pero no porque sintiera deseos de hacerlo: la comida, cualquiera fuese, directamente no me tentaba en absoluto.

El miércoles (mi viaje había comenzado un domingo) comí huevos dos veces en el día. Una, de desayuno, ya que en estos pueblos es una sana costumbre alimentarse bien por la mañana. La segunda, porque no me quedó opción: estaba viajando de **Chichicastenango** a **Cobán** y tuve que hacer noche en **Uspantán**, un pueblito en el que encontré un solo lugar donde cenar. Y la única comida que había en el menú incluía huevos. Se me vino la voz de mi mamá a la mente: Ani, no es bueno para el hígado comer tanto huevo. Pero no me quedaba otra. Al día siguiente, el hambre, desaparecida, lentamente fue reemplazada por el asco. Me dije: son los huevos.

Después de muchas, largas y complicadas horas de viaje llegué a **Cobán**. Tenía planes de salir a conocer la ciudad, pero apenas vi la cama me acosté y me dormí. Eran las seis de la tarde y había empezado a sentir un ligero malestar en todo el cuerpo. Mi diagnóstico: ataque al hígado.

Me desperté a eso de las diez de la noche pero ni siquiera tenía fuerzas para levantarme de la cama, así que decidí seguir durmiendo hasta el día siguiente. Ojalá hubiese sido tan fácil.

En la mitad de la noche (en realidad no sé qué hora era, pero el hostel estaba completamente a oscuras y en silencio) me desperté de golpe, salté de la cama y fui corriendo al baño. Lo único que quería ver era un inodoro para acostarme al lado y abrazarlo toda la noche.

Me quedé sentada en el piso del baño un largo rato, temblando de frío. No podía moverme: apenas me paraba, las náuseas volvían con más fuerza, y acostarme en la cama me resultaba imposible.

La escena se repitió varias veces. No conocía a nadie de mis ocho *roommates* de la habitación compartida, así que no me atreví a despertarlas, tampoco tenía fuerzas para ir a buscar a alguien del hotel. Quería dormirme y olvidarme de toda la situación.

Por fin, una eternidad después, me acosté, me tapé con tres buzos y dos frazadas y pude dormir hasta la madrugada.

\*

Al día siguiente me despertó la alarma de mi celular. La había puesto a las siete para levantarme temprano e ir a **Semuc Champey**, a pocos kilómetros, y según dicen, uno de los lugares más lindos de Guatemala. Yo seguía convencida de que lo mío había sido algo hepático, así que fui a la farmacia y pedí que me dieran algo para aliviar el malestar.

Cuando me enteré de que a las diez salía un servicio de *shuttle*, un minibús "puerta a puerta" hacia **Flores**, decidí irme directamente a conocer las **ruinas de Tikal**, al norte del país, y dejar **Semuc Champey** para la vuelta.

El famoso *shuttle* fue lo menos cercano al lujo que experimenté. Los kilómetros que separan **Cobán** de **Flores**, una pequeña isla ubicada en el lago de **Petén Itzá**, en **El Petén**, son terriblemente calurosos. Hablo de un calor pesado, aplastante, sofocante. El minibús iba desbordado de turistas, éramos por lo menos treinta. ¿Aire acondicionado? Aquí el único aire es el calor que entra por la ventana.

Durante el viaje no paré de tomar líquido para mantenerme hidratada. Quería estar bien para el día siguiente. Pero el malestar aumentaba y la fiebre me subía de a poco, aunque yo no me daba cuenta. No era esa fiebre que da frío, que hace tiritar y nos congela por dentro; yo sentía un calor que me hacía explotar la cabeza. Culpé al clima, a la ruta, a la gente, al conductor, a los árboles, al sol. De más está decir que no comí absolutamente nada en todo el viaje.

Finalmente llegamos a **Flores**. Otra vez, lo primero que hice al llegar al hostel fue abalanzarme hacia la cama. Esta vez me di cuenta de que algo no andaba bien, mi estado ya no era normal, así que decidí ir a ver a un médico.

Tomé un *tuc tuc* (mototaxi) a **Santa Elena**, el pueblo adyacente a Flores, y le pedí al ¿mototaxista? que me llevara a una de las clínicas. El viaje no duró ni cinco minutos. Delante mío, una casa blanca de una sola planta, y en la pared de afuera, letras pintadas con los nombres de los médicos: el Centro Médico Maya. La reja estaba abierta. Me recibió Sandra, la que después sería mi enfermera, y me hizo sentar mientras llamaba a la doctora. Miré el reloj: las siete de la tarde. Era sábado.

La doctora me hizo pasar a su despacho y me examinó. Diagnóstico: 38 grados y medio de fiebre, infección intestinal y deshidratación. "Me parece que lo mejor es internarla y darle suero al menos por 12 o 24 horas para que no se me desmaye, no sé usted qué opina..." No me quedaba otra. Así que en unos segundos pasé del consultorio a una habitación. Bata, cama, pinchazo, suero y hasta mañana.

\*

En semejante situación - internada, en otro país y sola - el suero se convirtió en mi mejor amigo y en mi punto de contacto con las enfermeras. Al principio lo colgaron de una especie de palo que pendía del techo para que quedara justo por encima de mi brazo izquierdo. Para que pudiera ir al baño vino la enfermera corriendo con quien sería mi compañero durante los próximos días: un "perchero" con ruedas para colgar el suero y poder movilizarme de un lado a otro.

Todas mis cosas habían quedado en el hostel, ya que había salido con lo mínimo indispensable pensando que la visita al médico no sería más que un trámite. No me había llevado ningún libro ni mi mp3 para escuchar algo de música y distraerme. Pedí algo para leer, un diario, lo que sea, y la enfermera me trajo dos revistas: "Padres de hoy" (revista para futuras madres) y "Aguaviva: un renuevo espiritual".

En eso estábamos, el suero y yo, cuando la enfermera me pasó el celular. Era la doctora. "¡Chica! Ya le hicimos el análisis de sangre. Le dio positivo el dengue, fíjese usted".

¿EH? ¿Dengue? Casi me desmayo. Sandra se ríe. -¿Dengue? Aquí todo el mundo tiene, a mí me dio a los 17 años. La gente viene al hospital y se va con su

receta nomás. No se preocupe que no es tan grave, en unos días se le va con los medicamentos y el reposo.

\*

Todos creen que mi estada en la clínica fue aburrida, y yo la viví como una de las mejores partes de mi breve viaje por Guatemala. ¿Por qué? Primero porque apenas me pusieron el suero empecé a sentirme mejor, y segundo porque las enfermeras y la doctora me hicieron sentir muy apreciada y me permitieron estar verdaderamente en contacto con la cultura del lugar, sin disfraces turísticos. Mi cama fue el lugar perfecto para espiar el comportamiento y el modo de ser de la gente de este pequeño país. No, no es tan terrible estar internada y sola en otro país. No es tan terrible cuando uno está rodeada de gente cálida y amable como la que tuve la suerte de conocer. Lo bueno de estar en una clínica tan chiquita (debe haber espacio para menos de diez pacientes) es que todos conocen a todos, y la persona que viene de otro país es la estrella del lugar.

Sé que lo del dengue puede resultar chocante, pero finalmente resultó ser lo menos grave de la situación. El dengue me provocó molestias como la fiebre y la debilidad general, pero se me fue solo, gracias al suero y el descanso; como es un virus no existe ningún antibiótico para combatirlo. Lo peligroso es cuando se convierte en dengue hemorrágico, pero incluso eso puede ser frenado a tiempo.

\*

Muchos deben pensar que esto me arruinó el viaje o que me sacó las ganas de seguir viajando. PARA NADA. Todo es experiencia, y aunque no se lo recomiendo a nadie, no tengo bronca por lo que me pasó. Al contrario, creo que estas cosas me demuestran que somos muy frágiles y que dependemos unos de otros para sobrevivir. También me enseña a tener un poco más de cuidado y a dejar de pensar que nunca me va a pasar nada. Podría haber sido mucho peor.

Nada ni nadie me va a sacar las ganas de viajar y conocer, ¡mucho menos un mosquito!

Y Tikal... siempre estará ahí. Ya voy a volver. ■

(\*) La autora no es ninguna desconocida para nuestros Lectores: Ya la han podido leer previamente en esta sección. Es hija de la artista Anikó Szabó. Es asistente del gerente de comunicación Museo MALBA